UN AVANCE A LA ETNOGENIA CÁNTABRA

LO QUE NO SON LOS CÁNTABROS

Plantear y resolver una solución negativa, puede parecer extraño a los no versados en metodología de la investigación, pero no ya en las matemáticas, sino en la lógica, estas soluciones negativas, tienen tanto interés y trascendencia como las positivas, siempre que sean reales, es decir, objetivas y basadas sobre los hechos y no sobre las imaginaciones, que diría el Padre Acosta. El valor transcendente de este tipo de soluciones, se elevó a la propia filosofía, que al principio del Renacimiento introdujo Bacon en su *Novum Organum*, al utilizar las diferencias o contraposiciones con igual valor para el conocimiento de los hechos y su clasificación o agrupación, que las igualdades o analogías del *Organum* de Aristóteles.

Con tan sólidos pilastrones constructivos abordamos el conocimiento de Cantabria y sus hombres, estableciendo *lo que no son los cántabros*, pues al menos se habrán desechado todas las hipótesis inútiles, echando por la borda cuanto no sea necesario y suficiente para la solución del problema.

Tres cuestiones precedentes a la antropogeografía en concreto, se plantean como problemas previos, para encajar las realidades raciales en el espacio y en el tiempo. La primera, es la de encontrar las áreas adecuadas o coincidentes con la distribución de un grupo humano, sea éste de la categoría taxonómica que sea, desde la raza en su

sentido actual plenamente biológico, hasta el grupo regional o comarcal, en la adaptación o mejor colocación de aquel primer criterio en una superficie geográfica lo más uniforme, característica y limitable que sea posible. Éste es concretamente el problema de las regiones naturales, y su solución en la Península; está en vías y posibilidades de ser resuelto, pues no tiene más dificultad que la aplicación de una investigación metódica, que hoy felizmente es bien conocida, a la limitación o carácter de cada una de dichas áreas o comarcas naturales y al encaje o mejor a la conexión de un grupo homogéneo, que habite en ellas y pueda también caracterizarse como se caracteriza la realidad físico-geográfica que le sirve de *habitat.*

HISTORIA ANTROPOLÓGICA DE CANTABRIA

Más difícil, aunque tal vez no sea imposible por futuros descubrimientos fundados en nuevos métodos, es la fijación cronológica o histórica de unos determinados habitantes por su tipo físico o somático en sus múltiples caracteres, y por sus cualidades psíquicas o espirituales en sus variadas facetas, asignándoles un nombre propio como correspondiente a un grupo de cualquier categoría biológica en la clasificación humana, lo que vulgarmente se estima como raza, sin prefijar su valoración exacta. Esta adscripción de un grupo racial a un área geográfica completa, empieza por no ser absoluta ni perdurable, pues varía en el tiempo, ya que las migraciones o lo que hoy se llama la antropodinámica, que describe las leyes naturales de los movimientos de población en el espacio, ocurridos a través del tiempo, permiten rarísima vez declarar autóctonos o permanentes los grupos humanos en un área geográfica dada.

Un caso típico en nuestra provincia, es el de la fijación de los cántabros, por información e interpretación de las fuentes literarias, que no coinciden con las que los mismos hechos o realidades antropológicas dan, por el examen de la acción real o pasada, y que tampoco concuerdan plenamente con los de la arqueología prehistórica.

Utilizando los mapas y los propios cinco mapas en que gráficamente se hace la distribución de nuestros primitivos habitantes, tomados de un mismo autor, tan autorizado como el profesor Bosch y Gimpera, para evitar las variaciones de criterio subjetivos, se comparan los de varios, y vemos que la fijación de este pueblo de cántabros a través del tiempo, no ha dejado rastro alguno en la ruta que se les atribuye desde la Aquitania, como presuntos iberos de aquel país galo, que pasaron a través de los Pirineos Yacetanos, bajaron hasta el Ebro medio y subieron por él hasta las tribus montañaosas de Santander y Asturias, donde se fijaron.

Cremos haber demostrado desde 1929 en el *Congreso para la Asociación española para el Progreso de las Ciencias*, en Cádiz, que esta ruta no fué seguida por pueblos que, como los cántabros, sean rubios o morenos (por sus dos posibles orígenes), tienen una característica cefálica dentro de la braquicefalia plenamente antipódica de la ibérica, y que en toda la ruta no ha quedado un solo resto del tipo físico que los caracteriza, estando de antiguo y persistiendo habitada por el tipo racial ibero en su más amplia acepción, plenamente de cráneo dolicoide alto y estrecho, es decir, lo contrario de la craneología cántabra.

La primera aparición del nombre de cántabros, anteriores al primer milenio a. J. C., los fija en las márgenes del Ebro medio de la Rioja a Zaragoza, entre los indecisos grupos de pueblos pirenaicos al norte, tal vez hasta los ilergetes al noroeste por el río Segre arriba, los edetanos al comienzo del último tercio del Ebro, y los lusones de las Sierras sorianas al este de la gran curva del Duero, quedando sin fijar al sur y al oeste, las tribus que les rodeaban. Anticipemos que sólo una penumbral base toponímica puede defender esta fijación.

El segundo momento está fijado en la segunda invasión celta, cronologizada hacia el 600 a. J. C. Los cántabros han ascendido por el Ebro, como empujados por los pelendones que hacen su aparición, igualmente que a su sureste y río abajo los beribraces (hace 70 años iberos y hoy estimados

como celtas). Los ilergetes al noroeste y los sudetanos al este, aparecen ahora separados de los cántanbros por las dos tribus anteriores.

El estadio tercero, marcado en el mapa como correspondiente a la época de la gran invasión y al apogeo de los celtas, reduce y posiblemente concreta la noción y tierra de los cántabros, salvo por su límite occidental en que aparece difuso el término con los astures, en oposición al oriental en que por aparecer la nueva tribu de los autrigones separando los cántabros de las tres vascas o mejor de las cuatro tribus, de las que figura como gran nación *Suessionis* por unirse a ellos los *Navarri*, y por bajo de ellos también separados de Cantabria por la cuña de los Autrigones, el nuevo pueblo de los verones, intrusionado, diríamos, entre los antiguos cántabros y los pelendones, que los obligaban a subir contra la corriente hacia las fragosidades montañosas.

La fase siguiente concreta el reparto tribal en la época imperial, tras las guerras cántabras y cuando los que las dieron nombre, debían estar ya constreñidos hacia los altos valles y cumbres de la gran región de los Picos de Europa, y de las sierras radiales, desde el Pico de Tres Mares en la conocida Peña Labra, pero por el mayor detalle del conocimiento, tras las guerras imperiales, se situan las ocho tribus cántabras, algunas de ellas en tierras de Castilla y aún de León, rodeadas como siempre por Astures al oeste, Vacceos y Turmódigos al sur, y por el este tras los Autrigones colindantes, los Berones antes destacados y bien fijados ya en tierras riojanas por los estudios de don Blas Taracena.

EL IBERISMO DE LOS CÁNTABROS

Utilizo la misma tribuna de este BOLETÍN, desde la que Bosch Gimpera explicó, en 1922, y rectificó en 1933, sus hipótesis acerca del problema de los cántabros, pues los grandes errores de los grandes maestros son los que hay que analizar, ya que los que cometen los que no tienen autoridad plena en la materia son como agua pasada sin

mover piedra de molino y sin regar prados o sembrados que distraen o entretienen, pero nada enseñan o añaden a los temas en discusión. La primera hipótesis situada fundamentalmente dentro de la antropología, aunque con exceso sometida ésta a la historia, es la del profesor Bosch Gimpera, publicada en un trabajo general, *Ensayo de una reconstrucción de la etnología prehistórica de la raza ibérica*, y que por la autoridad del autor estimamos preciso analizar, por considerarla fundamentalmente errónea, en todo cuanto se trataba acerca de la raza, respetando lo que a la supuesta cultura de la misma, que el autor declaraba escasísimamente conocida, figuraba en aquel escrito.

Nuestro análisis crítico, sobre las hipótesis que estimamos negativas, fué presentado en 1929, en la Sección de Ciencias Naturales de la *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*, celebrado en Cádiz, en un trabajo sobre *El tipo cefálico y craneal de los Cántabros y las intrusiones modificadoras*, estudiados en las colecciones de la Facultad de Medicina y Museo Antropológico de Madrid, que se presentó en la citada Sección. Posteriormente, en 1932, el señor Bosch, rectificó la situación de origen Aquitano-ibérico, y el camino recorrido por el pueblo cántabro, desde la región del Golfo de Gascuña, atravesando los Pirineos y bajando al Ebro, que había expuesto en el citado trabajo, y en el publicado en 1925 en la *Revista Internacional de Estudios Vascos: La prehistoria de los Iberos y la etnología vasca*, apareciendo esta primera modificación en otra eruditísima investigación dada a luz en la misma revista en 1933, con el título de *Los celtas y el país vasco*, y concretando su hipótesis rectificada en otro especialmente dedicado a este asunto, *El problema de los cántabros y su origen*, aparecido en este BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO, en 1933.

Pero en dichas publicaciones, y aun en su fundamental obra, *Etnología de la Península Ibérica*, publicada en catalán, persiste el error de incluir a los cántabros en la estirpe Ibérica, sea cualquiera las salvedades que de esta inclusión hace, dándolos una simple avanzada de los Iberos,

hacia la costa cantábrica, o declarándolos secuela o derivación de los mismos, pero conservando siempre el origen y el parentesco racial con ellos.

Utilizando las investigaciones de Sánchez Albornoz y Schulten, sigue a éste en estimar los cántabros como avanzada de los iberos, en el siglo III, reconociendo que «los cántabros parecen destacarse de los demás pueblos del Norte de España, y ser de naturaleza distinta, siendo ésta «ibérica por lo menos hasta cierto punto», aunque no aparece este concepto de conjunción ni en lo antropológico, ya que medidas, formas y colores son diferentes; ni en lo etnográfico, porque lo que se conoce de su cultura material es distinto; ni en lo folklórico, ya que los datos sueltos que se tiene de sus creencias, su saber popular, sus reacciones o expresividades artísticas y sus formas de organización material son también diferentes, y sin que quede más que algún dato aislado de costumbres que puedan estimarse generales en aquella época, para incluir cántabros e iberos en la misma genealogía.

LA CELTIZACIÓN CANTÁBRICA

Los datos de la etnografía prehistórica, y las presunciones históricas en ella basadas, tampoco pueden confirmar por su casi desconocimiento, la hipótesis ibérica hasta el eneolítico, pues aun la Cueva de Suano, estudiada por el profesor Uría, el P. Carballo y nosotros, no permite con probidad científica estimar el cántabro-iberismo, porque hemos de afirmar, como anticipo, que lo cántabro es posterior a esta época en la Montaña, y este escaso valor sigue asignándole Bosch al conocimiento del Bronce y del Hierro en su primera edad, y algo más valen los datos de las estaciones posthallstaíticas de Navarra, la Bureba y otras de *tipo céltico*, y principalmente en territorio cántabro la estación taller de Monte Bernorio, de la supuesta ciudad de Vélica, siglo IV a. J. C., igualmente que el Castro de Carabias, resultando *Cantabria celtificada*.

Esta celtificación, unía cántabros y celtas, pero no

prueba ni la existencia de lo ibérico, ni su anterior predominio, como tampoco lo prueban los varios ejemplos de distintos investigadores de la toponimia, citando nombres de lugares y localidades, evidentemente celtas, pero no concretamente ibéricos ya en las épocas protohistóricas.

Desechada en absoluto la teoría vasco-ibérica, tampoco podrá encontrarse el entronque por medio de las toponimias vascas, de las que la gran autoridad de Merino sólo ha encontrado una quincena de nombres, en cerca de 500 que le hemos proporcionado de toponimias mayores y menores, correspondientes al partido de Reinosa con los Ayuntamientos que le circundan de esta provincia y las limítrofes, y principalmente correspondientes estas toponimias a la parte suroriental de Santander y los pueblos burgaleses con ellas lindantes, como si la separación por autrigones y turmódigos de Vasconia y Cantabria, hubiera ido borrando hasta los restos lingüísticos de la vieja Cantabria.

La modificación meramente de éxodo, pero no de origen que establece el catedrático de la Universidad de Barcelona, suprimiendo el descenso desde los Pirineos hasta el Ebro, es que los cántabros, grupo extremo de los iberos, en lugar de penetrar en el centro de España «siguieron Ebro arriba, perdiéndose en los pasos de Reinosa y la costa cantábrica, y esto explicaría su aislamiento de los demás pueblos ibéricos», de los que les separaron los turmódigos célticos, y reafirma, aunque parecía abandonada la hipótesis del parentesco con los aquitanos, al decir, por otra parte cuando los cántabros se establecieron en la costa, fué fácil reanudar su relación por mar con las otras tribus de la Aquitania.

LA LLEGADA O APARICIÓN DE LOS CÁNTABROS

El gran problema de fijar la fecha en que los cántabros ocuparon su territorio, le resolvía Schulten estimando que fué en el siglo III (?) cuando se iberizó el interior de la Península, pero es fácil demostrar que fué muy anterior la penetración de los iberos en las dos mesetas, ya que

uno de sus grupos precursores, el que nosotros llamamos la raza del Ebro, plenamente eneolítico, y que es más probable que ascendieran desde el litoral catalán en el que se presentan con idéntico tipo en los varios yacimientos al que tienen los cráneos estudiados por nosotros y el señor Uría en la Cueva de los Hornucos, en Suano, dejando evidentes trazas en toda la ruta, probada no sólo en los cráneos, sino en la distribución de los caracteres antropológicos del vivo a lo largo de las orillas del gran río.

Además, las características ibéricas y preibéricas, pueden señalarse en múltiples estaciones de las descubiertas por el Marqués de Cerralbo y otros varios investigadores, no ya en toda la Sierra Central de los altos páramos sorianos hasta el límite de las dos Castillas con la región del oeste y en algunos de los yacimientos de ellas, a partir del primitivo tipo libio-ibérico, que indiscutible fué el origen común de todos los iberoides de la Cordillera Ibérica, no ya desde los Montes Universales o nudo orográfico turolense, sino posiblemente desde los Pirineos Centrales en la provincia de Huesca hasta las sierras límites del Segura y aún almerienses, donde debió iniciarse la formación de este tipo craneal, poco más o menos coincidente con los invasores del Argar, y tal vez reforzada por éstos la personalización de la raza, aunque de ninguna manera exclusivamente invasora o intrusiva en nuestra península, pues su primer tipo le vemos en plena edad de la piedra tallada, en la que pudiéramos llamar clásica Cueva de la Mujer, en las fragosidades de Granada, que representa una paleoforma de toda la estirpe que ha ido atenuándose y afinándose hasta la verdadera arquitectura del cráneo ibérico del característico corte transversal en forma de arco en herradura, que le separa de sus ascendientes y colaterales, muy claros y evidentes todos ellos en la craneología española.

Rectificando a Schulten, más historiador clásico, pero menos prehistoriador que Bosch, retrotrae éste la antigüedad de los iberos en el centro de España desde el principio de la Edad del Bronce, y aún añadiríamos nosotros que

desde el período eneolítico en el estadio evolutivo que antes hemos señalado, y en el siglo III lo que hizo fué reforzarse las mezclas de los invasores celtas con los iberos, según Bosch; lo que refuerza nuestro criterio de la coexistencia de varios tipos raciales en aquella edad prehistórica, de cuya fusión y evolución se personalizó el ibero después predominante.

La ya dicha interposición entre cántabros e iberos de las tribus célticas de turmódigos y berones, hace suponer que los cántabros eran anteriores a estos celtas en la alta región del Ebro, y así la cultura del Monte Bernorio, plenamente cántabra, se había desarrollado por éstos en su propia comarca, y por eso supone Bosch, que los cántabros, «si no estaban allí muy anteriormente—y los hallazgos de tipo argárico de la provincia de Santander parece ser indicio de ello—serían grupos ibéricos aislados en las comarcas de Alar y Reinosa». Pero es evidente que la supervaloración de estos hallazgos argáricos utilizada para forzar el iberismo cántabro, no puede ser prueba plena ya que la introducción de elementos culturales desde el Argar, tal vez exigiera centurias para llegar a Cantabria, sin que esto pruebe que estos elementos estuvieran incorporados a la cultura cántabra y mucho menos que sean consustanciales con la raza, pues en el porvenir, cuando un arqueólogo africano encuentre objetos de acero entre las zonas de negros o de bosquimanes, no los atribuirá a los habitantes pobladores de la región.

Ni aun limitándonos a los datos de la arqueología es admisible la afirmación de que los cántabros fueron influídos por la cultura posthallstática de sus vecinos, es decir, las tribus celtas, «tal vez dominándolos transitoriamente, transformando su cultura que no conocemos y que debió continuar las más antiguas culturas del Este», pues estas culturas del Este no serían en ningún caso célticas, sino ibéricas, y menos aún que el resurgimiento de los autrigones, estimados como mezcla de los celtas con elementos vascos, fuera debido a la desaparición de las dominaciones celtas y cántabras que se juzgaban a los tales autrigones, reapa-

reció a expensas de los cántabros, que habían sido borrados por los celtas, y es mucho más fácil admitir que los cántabros, o, al menos, su tipo alto, musculoso y rubio, era plenamente de la estirpe céltica, tal vez en su primera invasión, y aún posiblemente en otro éxodo anterior hoy no bien fijado, pues en todo caso lo céltico hay que incluirlo en la gran corriente centroeuropea, que ocupó siempre regiones de gran altitud, húmedas y brumosas de cielo, y siempre de paisaje de bosque, de prado permanente, en un todo análogas a las que los cántabros y los astures siguen ocupando en el norte de la península.

Esta última indicación puede coincidir con el criterio de estimar que las estaciones de Monte Vernorio y Mirabehe, se explicarían por las relaciones entre los pueblos precélticos y celtas, siendo los precélticos un grupo precedente pero no distinto de la gran corriente de los celtas o alpino-europeos, aunque no permita suponer que «el aislamiento de los grupos celtas, respecto de los demás iberos del Ebro, explicaría también el carácter de la cultura de la zona Norte, y que la de los cántabros sería mucho más primitiva que la de los celtas», siendo esta prioridad de los cántabros perfectamente compatible con su posible estirpe céltica.

CONCLUSIONES QUE SON MODIFICABLES

La primera de las conclusiones en que el profesor Bosch y Gimpera resume su teoría de los cántabros, supone, que sobre los primeros habitantes del Norte se superpusieron las siempre dichas avanzadas ibéricas, a mediados de la Edad del Bronce, unos 1.500 años a. de J. C. y estos primitivos cántabros, Ebro abajo, por Villarcayo, y Bureba y el valle de Miranda «y quién sabe si también la Rioja hasta las invasiones célticas que se desarrollan desde 1.00 a. de Jesucristo al siglo IV», es decir, una marcha inversa, Ebro abajo, a la primitiva supuesta río arriba, para el hecho escueto de explicar el nombre de Cantabria en las tierras riojanas.

La secuela de esta primera hipótesis es el aislamiento y dominio por los celtas de los cántabros, y la imposición de su cultura principalmente probada por las toponimias en la zona occidental o asturiana de Cantabria. La reacción cantábrica al fin del siglo VI, los volvió a la conquista de Villarcayo, entre los ríos Nela y Ebro y al repetir su descenso cortando a los autigones en una banda sur y otra norte, al llegar ellos a ser limítrofes por las tierras de Miranda con los várdulos y los berones, es decir, con los guipuzcoano-alaveses y con los riojanos; pero hay que advertir que las citas de Strabón, pudieran ser coetáneas con los hechos de entonces, o recuerdo de los ya muy pasados.

Posteriormente, en la etapa final de esta historia, muy reducidos los cántabros tras las guerras con Augusto, ocupan probablemente los límites señalados por Ptolomeo, de todos modos muy imprecisos; pero esto, admitido como dogma histórico-geográfico, no aclara ni define su estirpe o raza. Aunque sea halagador para los descendientes de los cántabros el paralelismo que establece el erudito catedrático de historia primitiva entre aquellas remotas edades y los principios de la Reconquista, llevando a los cántabros, como luego a los castellanos, a tener a Montes de Oca, en plena Rioja alavesa, como mojón de Castilla, y a Fitero como fondón.

LA HIPÓTESIS VASCO-CÁNTABRA

Cierro el trabajo destacando otra curiosa y aún más difícil complicación por ser un error o prejuicio de raciocinio del sentimiento, que para fijar Cantabria a los cántabros, ha nacido de la sugestión de estos nombres a través de muchos siglos en todas las regiones del norte de España y más concretamente entre los vascos, pues desde que aparecieron los vascófilos, se inició también la teoría de situar a Cantabria en la región vasco-navarra, y se entabló la lucha con los cantabristas de su occidente, que cerraban su región por las Encartaciones, antiguo territorio de los autrigones, como si perdurara la separación y aún la lucha

entre los caristios del Nervión y los cántabros de la zona de occidente, sólo atenuada por la interpolación realmente geográfica de los citados autrigones, que también debieron sufrir vejaciones de los selváticos cántabros, que de agresivos con sus vecinos, pasaron a ser estimados como heroicos indomables, Ciertamente desde aquellos tiempos protohistóricos, Edades del Hierro y posiblemente del fin del Bronce, hasta el albor de la Reconquista en las montañas astures o cántabras, cimentando con estos primeros actos de su indomable libertad territorial o racial, el recuerdo de sus supremos heroísmos en las guerras de Augusto.

Todo ello creó leyendas basadas en las realidades, la supervaloración del linaje cántabro, y con ello y por un sentido admirativo, el deseo de las comarcas vecinas del oriente de traer a ellas el excelso linaje, o de ser sus indígenas los propios cántabros redivivos.

Este prejuicio que nosotros pudiéramos llamar geográficamente del blasón, puede estimarse ciertamente como una característica cántabra, pues buscar el linaje, elevarle a las más altas cumbres y retrotraerle a principios del mundo, ha sido siempre y sigue siendo virtud que pasa a vicio en los hombres de la Montaña santanderina, y nos basta apuntarle, porque a través de todos los escritores, desde el Siglo de Oro hasta el presente, desde Quevedo a Pereda, que no pueden motejarse de extramontañeses, han destacado como cualidad o como defecto, pero siempre como carácter determinativo, este dato de la caracteología montañesa.

UN ANTICIPO A LA ANTROPOGEOGRAFÍA CÁNTABRA

Avancemos, pues este carácter tiene este artículo, lo que en estudio menos general y tal vez demasiado especialista y concreto para publicarlo en este Boletín, puede dar a sus lectores la visión del panorama completo de la antropogeografía cántabra.

La primera limitación cronológica que claramente puede establecerse con la protohistoria, es la de lindar los cánta-

bros con Vasconia por la tribu de los caristios, aunque separados, posiblemente después, por la interposición de los autrigones, habitantes de los actuales partidos judiciales de Valmaseda y Ramales; interposición que es clara y flagrante en la época histórica y tal vez no en la protohistórica, como lo demuestra la seroantropología, transmisión de herencias ancestrales o fusión de cántabros y vascos.

El límite occidental con Galicia se hace tras el paso de Astures, aunque pueda anticiparse que el tipo craneal, que es el primer avance en el conocimiento, aunque no el racial, que es el segundo, donde ya se bautiza al hombre, es común, y al mismo tiempo por el esencial carácter de la braquicefalia, acortamiento y redondeamiento de la cabeza.

La linde castellana la establecen todos los prehistoriadores por las marcas de Villarcayo y algunos llegan a fijar hitos o mojones con tanta precisión como el amojonamiento de una finca o un término jurisdiccional; continúa la presunta frontera racial por los partidos de Sedano y Cervera del río Pisuerga, en los que lo etnográfico y lo folklórico confirman su trazado, de igual modo que por León en los partidos de Riaño y Sahagún.

Ya, con lo que pudiéramos llamar la antropología actual, estudio y análisis de las calaveras que es la tipificación de lo anatómico y conocimiento total de los caracteres en el hombre vivo, tamaño, formas y colores, podemos trazar la región y dar la característica general de sus habitantes, tipificándola en el tipo cántabro tantas veces descrito. Así establecemos la avanzada aislada de los braquicéfalos rubios o morenos—insistimos en la dualidad cromática del tipo—que se presenta en Pamplona continuado por Tolosa y otro también aislado en Guernica.

Comienza la continuidad de la región de este tipo con plenitud del más alto índice, que es como decir pureza de la raza, por los partidos de Ramales y Villacarriedo y se atenúa, por ser la corriente que siempre ha bajado de Castilla al partido de Torrelavega, Besaya abajo,

y desde Santander hasta su puerto, como si prehistórica y racialmente correspondiera serlo por derecho perdurablemente de Castilla, ya que la bajada desde la gran meseta al Cantábrico influye de tal modo en Reinosa y en todos sus valles, aunque atenuadamente en el de Campóo, que es tránsito de la Montaña a Castilla, y las cabezas de sus hombes se alargan por la influencia, tanto de los burgaleses Ebro arriba, como de los verdaderos castellanos palentinos que llegaron a los altos afluentes del Pisuerga.

Siguiendo al oeste, la última representación de los cántabros la tienen los valles del Saja, del Nansa y del Deva con las tierras de Cabuérniga, San Vicente de la Barquera y Potes, ya en plena conexión por tierra y por hombres del macizo cumbral montañoso de los Picos de Europa, asturiano política y administrativamente, pero mejor cántabro-astur por una sinergía que une la tierra y el hombre con el partido asturiano de Llanes y en los leoneses de avance a las tierras llanas y secas por Riaño y Sahagún, pudiendo bien ser esta punta o cabo antropológico bajada de los cántabros o subida del grupo céltico a que éstos pertenecieron, hasta aislarse y purificarse en la Cordillera.

Y ya dejamos seguir la corriente sin describirla ni numerar sus términos por los partidos de Cangas de Onís, Infiesto y Villaviciosa, siempre por las cumbres asturianas hasta llegar a las gallegas en Mondoñedo y a sus costas en Ribadeo hasta desparramarse este tipo tan raciológico como el montañés en verdaderas digitaciones en las rías y costas cantábricas y atlánticas, pues podemos presentar cráneos idénticos al de nuestro Sopeña en Belmonte Asturias) y en San Adrián de Lorenzana (Lugo).

LAS RUTAS DE LLEGADA DE LOS CÁNTABROS

Destaquemos la primera por su origen en plena Cantabria, la del Ebro de retirada o límite; pero sus derivadas o sucedáneas, la almeriense es más que dudosa, y la del vaso campaniforme improbable.

La vieja teoría de la ruta capsiense, aunque pasara de

Burgos y llegara a la Montaña, sólo era de dolicocéfalos libio-ibéricos y precursora por Castilla de los hombres del Duero.

La del oeste de Sur a Norte, muy desviada, pero posible, seguida por el mismo tipo braquicéfalo de los prospectores orientales entrados por la Bética y llegando al oeste de la región en los cántabro-astures.

La marítima, o litoral terrestre, siempre viniendo del saliente y de estirpe vasca, o envolviendo a estos los hombres de estirpe celta por la ruta Roncesvalles, Pancorbo, y Ebro arriba, hasta llegar por tierras de Villarcayo a Laredo. También existe la posibilidad de la ruta marítima de cabotaje, celto-bretona desde Inglaterra a Irlanda por las costas de la Bretaña francesa, aunque es bien posible fuera seguida en sentido inverso, por los hombres que el gran antropólogo inglés, Haddon, llama del Iaso y que en alguna traducción española se les denomina del «vaso en pico».

Hay una última hipótesis, posible pero no probable, contra el sentido general de los éxodos raciales; la venida del oeste gallego al centro montañés. Contra ella está la Antropogeografía, al estimar al foco cántabro-astur de los Picos de Europa como desparramado hacia el occidente gallego por la cordillera y las digitaciones de ésta hacia las costas y rías cántabro-atlánticas, donde se atenúa o desaparece el tipo cefálico cántabro. Otra ruta de desparrame es la bajada entre León y Santander por Riaño hacia Castilla. Y, por último, tal vez otra, entre León y Lugo por las tierras altas de Orense y Zamora hasta el contraste cefálico con los iberoides de los afluentes del Duero o de los ríos que bajan a Portugal.

Todas estas rutas, y otras tal vez posibles con lógica antropogeográfica son hipótesis de trabajo que confirmarán o barrerán investigaciones antropoanatómicas o serológicas, es decir, de la nueva aplicación de los grupos sanguíneos en la investigación raciológica, y complementariamente las filológicas concretadas en las toponimias dialectales más antiguas, ya que hasta el mirandés-salmantino-extremeño-portugués, bajan los restos de

los dialectos cántabros, aunque esta historia del lenguaje primitivo sea problema difícil, como lo demuestra la demora del fundamental trabajo del señor Menéndez Pidal.

También la arqueología prehistórica puede contribuir a resolverle con amplitud de criterio que vea en la corriente reversible franco-cantábrica, la distribución de elementos característicos o significativos de lo cántabro-céltico o norteño, o resuelva este mismo problema por la corriente megalítica ascendente lusitano-andaluza.

UTILIZACIÓN Y VALORACIÓN DE LOS AUTORES CLÁSICOS

Como el eruditísimo profesor Schulten resume con más autoridad que nadie todos los autores clásicos, no sólo romanos y griegos, sino anteriores, y estos resúmenes críticos suyos están utilizados en su último libro, *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, publicado en 1943, a este libro nos remitimos evitando meras transcripciones que nada añadirían al conocimiento de las fuentes histórico-literarias de los autores clásicos, y más concretamente a una nota crítica acerca del mismo publicada por nosotros en la revista *Escorial* en el mismo año.

Sin llegar al origen de nuestros cántabros, es deber y gratitud recordar, que al principio de su publicación destaca y avalora la condición vulgar y hasta manida de ser los cántabros fuertes varones e independientes hombres, pues «como los cántabros y astures resistieron a los romanos durante diez años—al igual que los numantinos—así resistieron más tarde sus nietos a los árabes...», elevando a la categoría de leyendas heroicas comparable a la numantina, la resistencia cántabra contra romanos y musulmanes, culminando en la epopeya de la minúscula aldea cántabra de Aradillos, cerca de Reinosa, elevándola a la misma altura que la del cerro rodeado por el Duero en la Celtiberia, y ocasión es ésta de esperar que el ilustrado maestro de Requejo, señor Muñoz Rodríguez, continúe la comenzada exploración del castro de Aradillos o la realicen prehistoriógrafos como García Bellido y Uría, tan preparados para ello.

Si no el origen concreto, sí la estirpe de los cántabros de la época prerromana, la fija Schulten entroncándolos con los celtas, y ya es un dato que nosotros acogemos por la autoridad del autor, aunque no añada nada en lo que al conocimiento del pobrísimo filón de los clásicos en lo que al hombre físico o su raza atañe; pero leyendo despacio y comparando en los diversos relatos queda aclarada la impresión de ser el tipo céltico, grande, macizo y seguramente rubio el que puede y debe ser tomado como cántabro y aún como astur sin poder fijar su origen, tal vez para nosotros de las primeras invasiones protohistóricas centroeuropaes y nórdicas, aunque pudieran ser también los orígenes los de los primeros buscadores de minas que por el mar vinieron. o a través de España por el camino de la plata subieron de Santa Lucía.

Lo indiscutible es en todo caso, que las dos variedades de las regiones montañesa y asturiana son de cabeza corta y redondeada, lo que unido al aplastamiento de la misma y al ensanchamiento de las sienes excluye de un modo absoluto la progenie ibérica.

A las pruebas objetivas que los restos o el estudio del hombre vivo dan, añádanse las ya citadas de la toponimia, la del celtismo de sus nombres personales y la de la arqueología de sus castros plenamente célticos, demostrada en estudios aparte de éste por el propio Schulten y no podrá seguir sosteniéndose con razón alguna el iberismo de los cántabros, ni venidos de Aquitania ni por aislados datos de hacer la guerra como los iberos, pues en las técnicas de ésta, como en todas, se adapta y copia lo más útil de los extraños y aún mejor de los enemigos. Lo que nosotros admitimos como hipótesis de trabajo planteada por Schulten y en algún caso concreto sostenida por Menéndez Pidal, es la posibilidad de que los ligures fueran en España un tronco centro europeo o alpino de donde arranquen los cántabros.

Como complemento del escaso caudal raciológico podría transcribirse la revisión y nueva enumeración y limitación de las tribus cántabras que Schulten reduce a seis, ni con más ni con menos razón que todos los autores anteriores,

desde el P. Flórez a Sánchez Albornoz, Bosch Gimpera y Taracena, pasando por lo que aquel meritísimo historiador de la Montaña, autor del primer estudio moderno acerca de Cantabria, hace 70 años, señor Fernández Guerra, que no merece la calificación con que Schulten recuerda su trabajo, ya que a nuestro juicio la revisión de la distribución tribal cántabra ha de ser hecha, no sólo por arqueólogos e historiadores, sino por quien conozca y domine la geografía física y aún la humana de la región montañesa.

Labor más que utilísima sería, pero no es del momento, hacer la revisión, ordenación y verdadera clasificación de todas las tribus en la época romana que es la óptima para su conocimiento, a dos columnas paralelas para ver si es posible establecer clara la correspondencia entre el hombre físico y su cultura, o sea, entre la antropología y la etnografía y la historia, y para nosotros acotar de este relatorio general de la Península las que corresponden a Cantabria y las colindantes con la región histórica y geográfica.

Segura base para este estudio serían los eruditísimos trabajos de Schulten en su *Fontes Hispaniae Antiquae*, desde el I del *periplo de Avieno*, publicado en 1922 hasta el que constituirá el XII de *Onomástica de personas no griegas ni romanas*.

Así veríamos la relación de los cántabros al oeste con las múltiples tribus de Astures, demasiado unificadas por Schulten según las investigaciones del catedrático señor Uría; al este con los Várdulos o tal vez en época posterior con los Autrigones, tribu céltica análoga a sus vecinos los Berones, y entre ambos, aunque en problema tal vez no bien planteado, los que pudiéramos estimar protocántabros si se pudiera confirmar su personalidad, con el nombre de Draganis, procedente de Aquitania y de la estirpe ligur que ocuparían en la cronología general la época de transición de los pueblos prehistóricos sin bautizar a los protohistóricos ya concretamente nominados.

EXPURGO DE LOS AUTORES ESPAÑOLES QUE TRATARON DE LOS CÁNTABROS. EL VASCO-CANTABRISMO

Más que por nosotros, damos hecho este trabajo con una selección más que sumaria de las interpretaciones e hipótesis de historiadores ,geógrafos y arqueólogos que concretamente escribieron sobre Cantabria, limitándonos por ello a muy escaso número, aunque fácil sería reiterar una erudición por otros tenida, en un sumario relato de sus escritos.

Ha de iniciar esta relación por derecho propio la gran figura del P. Flórez, ya que con su obra, *La Cantabria. Disertación sobre el sitio y extensión que tuvo en tiempos de los romanos la región de los cántabros, con noticias de las regiones confinantes y de varias poblaciones antiguas*, el más destacado de los 51 volúmenes de su benedictino trabajo—aunque él era agustino—, *España Sagrada* o *Teatro geográfico histórico de España*, ha sido el filón por todos explotado, cuyo valor se aumenta al ver los atisbos de metodología geográfica que anticipa en un siglo los actuales conocimientos, a nuestro juicio no mejorada por autores posteriores la limitación de Cantabria en sus hitos originales, que podrá ser detallada, pero difícilmente variada en sus grandes líneas, y el acierto con que describe y califica todos sus tramos.

Lástima es que él mismo, al afirmar: «trataremos de la materia geográficamente, esto es en cuanto es límites de región, sin cuidar de más Cantabria, que la geográfica», callara el origen y descripción de los cántabros, criterio explicable porque no encontró—como no han encontrado investigadores posteriores—materia concreta y clara para el conocimiento de sus hombres.

Lo que sí es un corolario de gran valor de la limitación geográfica de Cantabria, es la eliminación de su territorio, de Álava y Vizcaya, excluyendo, por ende, del concepto de

cántabros a los habitantes de Vasconia y refutando con una lógica cartesiana el error vasco-cántabro planteado en realidad un siglo y tercio antes, por el jesuíta P. Henao en aquel libro *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria*, enderezadas principalmente a descubrir las de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava, más bien hecho en honor de los cántabros al extender no sólo a tierras vascas el linaje de éstos, sino al estimarle como una estirpe superior y honrosa, ya que hace a San Ignacio «cántabro por padre y madre y nacimiento en la una y por orígenes maternos en las otras dos». Este criterio del siglo XVII es sostenido en el XIX por el escolapio P. M. Villalta, al publicar la nueva edición del trabajo del P. Henao, y, claro es, que en todo este siglo XIX ha habido varios que han seguido sosteniéndole, impermeables a toda demostración histórica, geográfica y antropológica, mereciendo destacarse el P. Sota, que fué bien criticado por el erudito montañés M. de Assas.

En realidad la serie de los vascos-cantabristas la inicia el guipuzcoano Garibay en el siglo XVI, erudito acopiador de todo dato, pero sin espíritu crítico alguno. Metodiza este criterio el ya citado P. Henao, que le funda, según el censor de su libro, P. Cortés Osorio, como resultado del conocimiento o «cadena universal de toda la erudición tocante a nuestra Cantabria», y le concreta dándole como estable, el también jesuíta Larramendi, en su conocidísimo libro *Discurso histórico sobre la antigua famosa Cantabria*. «Questión decidida si las provincias de Bizcáya, Guipúzcoa y Alaba estuvieron comprendidas en la Antigua Cantabria», dada a luz en el 1736. Otro destacado vasco-cantabrista fué don Hipólito de Azaeta y Gallástegui, que publicó un trabajo combatiendo a Flórez vindicando la Cantabria, muy pronto contestado por el agustino Fr. M. Risco, al lanzar, el 1779, *El R. P. Henrique Flórez, Vindicado del vindicador de la Cantabria...*

Por la gran autoridad del señor Gómez Moreno, recogemos su opinión de prudencia científica en este problema del vasco-cantabrismo, cuando afirma que «no se puede garantizar por hoy que desde la Aquitania hasta la Tartéside se

hablara una misma lengua—lo que amplía la hipótesis a ser vasco-iberista—, como tampoco que la vascuence deje de estar profundamente infiltrada de voces cántabras, puesto que a su territorio de cántabros vino a refugiarse aquélla; pero todo induce a ver un tronco lingüístico desparramado en dialectos con caracteres de aglutinación o composición típicos» (1).

Puede recogerse, por abrir algunas vías de investigación, lo afirmado por el señor Caro Baroja acerca de los cántabros del doble concepto de las inscripciones de las lápidas romanas con nombres propios y gentilicios en las cohortes de las milicias romanas en Judea por los datos de Hübner y los primitivos de Estrabón que los cita como coniacos. Pudiendo admitirse con este investigador la repulsa implícita del vasco-cantabrismo.

LIMITACIÓN DE LOS CÁNTABROS A LA MONTAÑA

Por su buena intención de ser casi un libro apologético de Cantabria y sus linajes, señalemos el libro del montañés don Pedro Cossío y Celis, *La jamás vencida Cantabria. Historia en dedicatoria, grandezas y elogios de la mui valerosa*

(1) Nosotros podemos afirmar por caracteres anatómicos de los cráneos, que el tipo vasco es muy anterior al cántabro, como probamos en el reciente discurso inaugural de la Sección de Ciencias Naturales del Congreso de la Asociación para el Progreso de las Ciencias celebrado en San Sebastián, al demostrar que las calaveras vascas tienen por hoy como tipo craneal racial la más antigua y continuada representación en los cráneos de la cueva de Izíar, cerca de Deva, asignados por el catedrático señor Aranzadi a la época magdaleniense, de la edad del paleolítico superior y asimiladas por nosotros de un modo pleno, por formas, tamaños y relaciones a los actuales cráneos de la región vasca.

Es igualmente evidente que el tipo craneal cántabro no es anterior a la época eneolítica o de transición entre la época neolítica o de la piedra pulida y de la propiamente de los metales iniciados por el cobre y el bronce, a no ser que podamos establecer conexión, hasta hoy no hecha, de este tipo craneal cántabro con las calaveras protobraquicéfalas asturianas, estudiadas por el catedrático de Oviedo señor Uría y por nosotros (tomo I de la *Historia de España*, 1946), siendo típica la de Vidiago, que alcanza la extrema braquicefalia peninsular por su índice 86'8, y cronológicamente considerada de la época neolítica, es decir, muy anterior a los otros cráneos braquicéfalos de las minas de Cobre de Asturias, como las del Milagro y Aramo, y que actualmente podemos estimar nosotros como los protocántabros braquicéfalos en cualquiera de sus orígenes, el de los prospectores del metal que subieron desde Huelva o de los norteños litorales que llegaron del centro de Europa.

provincia..., que en 1688 fija ya en 40 leguas la anchura por el litoral, con título casi idéntico al que dos siglos después había de publicarse por don Benito Pérez Galdós, *30 leguas por Cantabria*, aunque no sean éstas precisamente las que nuestro autor del siglo XVII fija entre Bilbao y Ribadesella, con un ancho mar adentro de 10 leguas, reconstruyendo los límites dados por los autores romanos. Pero el valor de este libro está en ser el primer crítico y condenador de la ampliación de Cantabria hasta Navarra, Rioja y Asturias hecha por Henao medio siglo antes, explicando que lo cántabro de Logroño, y aún lo de León debióse a los confinados allí tras la victoria de Augusto.

Erró el erudito montañés, al atribuir la población de Cantabria a los descendientes de Túbal y continuarla por el rey Astur y su primera mujer Europa, así como la segunda Eritrea y los continuadores de esta doble estirpe, pero no nos asombremos del sostenimiento de estas leyendas, pues en todo el siglo XIX, inútil es decir que no rompió la continuidad del XVIII; reiteran, modifican o multiplican orígenes análogos por colonias griegas, invasores orientales y alguna vez por la llegada de Teutones o Bálticos procedentes del Norte, todos los creadores de leyendas estimables como tales para el folklore montañés, pero no como datos históricos que expliquen el origen de sus hombres.

No quiero dejar de notar el buen criterio del P. Flórez al reunir todos los pueblos de la costa cantábrica, desde Vasconia a Galicia en un mismo grupo, fundado en el aserto de Strabón que los hace de igual carácter, y reforzando este dato psicológico por su cuenta, al escribir que los cántabros «inspiran pretensiones compitiendo por ellas varias gentes sobre hacerse Cantábricas, porque miran como glorias incomparables lo que otros atribuyen a barbarie, fiereza o suerte del terreno». Esta zona no se troquela en un mismo tipo por su género de vida, ya que la Etnografía ha confirmado modernamente este modo de ver, y la más nueva de las técnicas de la investigación antropológica, la de los grupos sanguíneos, permite constituir la gran zona cantábrica, aunque pueda dividirse por matices serológicos en tres regiones.

Otro acierto, que también podemos utilizar actualmente, del P. Flórez, es el territorio que él llama de influencia mediterránea en la cantábrica fundado en los autores antiguos y que no limita esta histórica región en la comarca litoral de Peñas al Mar, sino que la lleva por la solana o ladera meridional de la Cordillera cántabro pirenáica a tierras burgalesas, palentinas y leonesas. estableciendo una conexión o derivación celto-cantábrica, que no sólo la historia cultural, sino la racial destacan, comprobando los datos de los primeros historiadores y exploradores Dión Casio y Floro, al hacer a los cántabros no confines sino mezclados con vacceos, turmódigos y autrigones.

Esta ampliación de Cantabria puede decirse que es reversible, ya que, al terminar las guerras con Roma, fueron forzados los cántabros a bajar a las tierras llanas, principalmente a través de autrigones y murgrobos por el Ebro abajo y por las tierras llaneras castellanas, llevando no sólo su toponimia por estos países, sino sus caracteres etnográficos y folklóricos, facilísimos de destacar en los partidos judiciales que en otro lugar hemos relatado.

Lo que no puede admitirse es que ya en 1914, cuando los geógrafos e historiadores contemporáneos han establecido un método de investigación y crítica, se publique, combatiendo no ya al P. Flórez, sino a todos los vasco-cantabristas, un libro elevando una hipótesis, que ni aun transitoriamente pudo ser sostenida, de la Cantabria *riojana*, o mejor alavesa, puesto que la sierra que lleva tal nombre corre entre el Ega navarro y el Ebro en territorio de la Rioja alavesa hasta los montes Obarenes. El señor López Barrón, autor del libro *Cantabria y Logroño*, pretende hacer un estudio filológico-histórico por las toponimias de la región, llegando a situar a Julióbriga en Logroño y a dar como campo de las guerras cántabras a la feraz tierra riojana.

Felizmente, el conocimiento de *La antigua población de la Rioja*, publicada por el director del Museo Arqueológico, don Blas Taracena, en 1941, pone el problema en condiciones de investigación con los actuales métodos de la protohistoria.

AUTORES CONTEMPORÁNEOS

Aparte de los autores contemporáneos citados por la obligada materia del tema, hemos de destacar por ser el primero que en la época actual publicó una monografía acerca de Cantabria, al citado académico señor Fernández Guerra, que refuta la extensión de Cantabria a las Vascongadas hecha—además de los citados—por los autores M. Sículo, Florián de Ocampo, Vaseo, Luis Núñez, Ambrosio de Morales, Alderte, Poza y Nicolás Antonio, entre los cuales hay poquísimos autorizados para que su criterio fuera tenido en cuenta; por lo cual, siguiendo la ruta del P. Flórez, cita a Lorenzo Padilla y a Jerónimo de Zurita, aunque olvida algunos que nosotros hemos hecho notar, pero distingue en esa extensión lo que pudiéramos llamar la teoría ibérica de los Vasco-Navarros que llevaban la zona hasta Canfranc.

Como prueba de que las divisiones jurisdiccionales político-administrativas no crean ni borran regiones naturales geográficas y antropológicas, merece leerse la erudita exposición de las regiones establecidas desde el año 197 a. J. C. en que aparece Cantabria, hasta la que forma la onceava numeración de la lista el año 989 de nuestra Era en que sigue como *Regio Cantabriae* con algunos eclipses nominales durante la dominación romana, árabe y primeros reinos cristianos de la alta Edad Media.

Es sólo de notar que la confusión con Astures y Gallegos algunas veces, y con Vascos otras, como al crear Leovigildo la Autrigonia formando jurisdicciones de gran extensión, borran la nacionalidad cántabra, en tanto que en otras ocasiones la extienden hasta bien entrada Castilla la llana y la región montañesa de León.

No acetó el erudito académico al entroncar celtas ribereños e iberos montañeses, y habría que corregir también la fecha de la invasión de estos pueblos; ni dando como celtas asiáticos a los astures sin concretar bien el origen de los cántabros, así como al estimar que los fenicios fueron

casi coetáneos con los celtas, y valorar su influencia en Cantabria, de igual modo la de las colonias griegas, y pueden seguir en discusión las nueve tribus en que él divide a los cántabros por las razones que ya hemos dicho, aunque es de apreciar la exactitud de algunas de sus divisiones geográficas que demuestran el dominio y conocimiento de la tierra. Como en todos los autores anteriores a él, y siguiendo los mismos cauces, puramente histórico-literarios, nada dice del hombre físico y poco que valga ser anotado del hombre intelectual y moral, adscribiéndose al coro de los admiradores.

Serio y enterado aparece el P. Serrano, Abad de Silos, en *El Obispado de Burgos y Castilla primitiva*, pero es utilísimo por rectificar errores de todos los anteriores, el capítulo «Castilla y Cantabria», dando noticias de las tribus, vías y de los restos de la región en el territorio del Obispado de Oca, al que pertenecía gran parte de la Cantabria oriental y meridional, añadiendo únicamente al saber anterior algunos datos de los suevos en Cantabria, aunque los extienda, con evidente error, de Cataluña a Galicia.

El mayor interés del trabajo está en lo que apunta en el II capítulo acerca del ducado de Cantabria que se extendía hasta Rioja, y puede ser utilizado para explicar en parte los errores de que ya hemos dado cuenta respecto a la permanencia de los cántabros en toda la región del Ebro superior. Igualmente es de interés para la etnogenia de la región la fijación de los límites de la invasión árabe hasta el 734, pues llegando hasta Mave, Amaya y Oca, dejó libre todo el territorio al Norte de esta línea, pues aparte ya de la región vasca las tierras de Villarcayo y la de los valles de Losa y Añana, aunque se afirme el hecho de ser los berberiscos pobladores de esta marca de Cantabria, pudiendo nosotros presentar nuestra ya antigua observación del tipo en algunos habitantes de la región del Ebro en el Ayuntamiento de Valderredible y del valle de Zamanzas y de Bricia. Y poniendo esto en relación con la posterior utilización de esclavos musulmanes señalada en Asturias, y muy clara como siervos o esclavos de algunos monasterios, establece un curio-

so problema de estudio en estos lindes meridionales de la Cantabria.

También la repoblación de Cantabria en tiempo de Alfonso I plantea un problema digno de estudio, ya que para civilizarla fueron llevados allí castellanos, como burgaleses en Mena y pueblos de Vasconia y gentes de toda la Sierra Central Carpetana desde Osma hasta Ávila a la olla de Liébana y a los valles de Campóo y a la propia costa de Trasmiera.

Lo anterior determinó a su vez una subida de mozárabes toledanos y cordobeses a repoblar las tierras de Burgos, a fines del siglo IX. Los dos hechos anteriores explicarán el rebajamiento del índice cefálico típico de los cántabros, superior siempre a la cifra de 80, acortamiento originario o genotípico, racial, como dice aquel gran investigador, P. Feijóo, debido a la deformación artificial de aplastamiento del occipital, que en Asturias era corriente y que las gentes producían por ideal estético de la raza las formas que querían conservar por ser las originarias de su estirpe. El alargamiento y estrechamiento de la cabeza hacia formas castellanas centrales y meridionales, y aún posiblemente de estirpe ibérica modificaron el tipo primitivo de Cantabria, principalmente en la constitución y corpulencia, menos maciza y más angulosa; en la elevación del color de los cabellos y principalmente en los ojos, pasando incluso del fondo castaño claro y gris azulado y verdoso, a los pardos y oscuros de la España central y meridional.

Es en realidad este artículo un avance al verdadero estudio antropológico de los Cántabros, que durante muchos años hemos realizado desde nuestro primer trabajo publicado en 1892 en la *Sociedad Española de Historia Natural*, acerca de *Los Campurrianos*, ensayo antropométrico en un centenar de individuos de aquellos altos valles, principalmente del Ayuntamiento de la Hermandad de Campóo de Suso, posteriormente ampliado con diferentes notas aisladas sobre craneología de la misma región, distribuídas en los estudios generales a toda España, en revistas nacionales y extranjeras y ampliadas al conocimiento de la época pre-

histórica con la publicación en la *Revista de la Universidad de Oviedo*, en 1940, del trabajo *La Cueva de Suano, Santander. Estudio general y antropológico*, en colaboración con el catedrático J. Uría Ríu.

El natural complemento de ese análisis crítico estará constituído por lo que pudiéramos decir *lo que son los cántabros*, cuya redacción estamos terminando, al acabar de revisar los datos métricos y descriptivos de las calaveras que representan a nuestro tipo en las colecciones del Museo Antropológico y de la formada por el Dr. Oloriz, en la Facultad de Medicina de Madrid, aplicando en esta última revisión los nuevos métodos métricos morfológicos y estadísticos de la craneología contemporánea.

Como comprobación y complemento necesario, para completar el conocimiento del hombre de Cantabria, daremos todo lo que a la antropometría de los sujetos vivos se ha publicado, fundamentalmente por las dos grandes series de datos recogidos por aquel inolvidable Dr. Oloriz, y por el meritísimo inspector de Sanidad Militar Dr. L. Sánchez Fernández, y claro es sintetizado todo ello y conectado por nuestras propias investigaciones y las de aquel gran antropólogo, nuestro fraternal colaborador Telesforo de Aranzadi, acerca de la estatura y todas las relaciones somáticas o generales que con ellas pueden establecerse, así como a los índices y proporciones ponderales, respiratorios y las llamadas fórmulas sintéticas de robustez o valor numérico del hombre, a cuyos datos se añadirán los muy interesantes recogidos acerca de la coloración en ojos, cabellos y piel.

A las ilustraciones gráficas que acompañan al trabajo desearíamos unir retratos de individuos de nacimiento y estirpe montañesa, por las dos ramas de su herencia, y fundamentalmente en campesinos o artesanos de los pequeños pueblos y de las más típicas villas, aunque recibiremos con verdadera gratitud las de los tipos que pudiéramos llamar cultos o letrados, siempre con la condición de ser de raza pura. Esta es la petición final que cierra este trabajo, rogando la colaboración con la cesión o préstamo de tales fotografías, a cuantos montañeses se interesen por conocer su estir-

pe o raza, ya que ineludiblemente estas ilustraciones acompañan a todos los trabajos que acerca de las investigaciones antropológicas se han publicado en España y en el Extranjero, referente a una región o raza determinada.

LUIS DE HOYOS SÁINZ.